

# REVISTA LITERARIA

## DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

### El Ermitaño.

(CONTINUACION.)

«Los criados de Maria que ven forzada la entrada por la multitud, y escuchan sus voces, huyen despavoridos, y cada uno se salva como puede dejando abandonada á su señora y rendida á un violento desmayo. Ya os podeis figurar, señores, que yo no titubearia, y que mi primera idea seria como fué en efecto socorrerla conduciéndola en mis brazos á donde pudiese estar á salvo de los insultos del populacho.»

«Puesta ya en seguridad, volví segunda vez á la casa con ánimo de impedir algunos estragos, pero en vano; aquellos frenéticos habian roto y destruido lo que no pudo ser objeto de su pillage, y por primera vez se presentó á mi vista el espectáculo triste de la propiedad y seguridad ultrajadas por una muchedumbre que ha roto el freno de la ley»

«Por fortuna los hombres sensatos consiguieron bien pronto restablecer la tranquilidad, y yo tuve ya tiempo de volver mi atencion á lo que tanto me interesaba. Habia dejado á Maria en casa de una señora viuda, no atreviéndome á llevarla á la de mi padre por muchas razones; fui á verla, la hallé muy desconsolada, procuré tranquilizarla, pero estaba muy lejos de preveer que los sucesos de aquel dia habian de acarrearne una série de increíbles desgracias, objeto eterno de amargas lágrimas y de dolor inconsolable.»

«La noticia del alzamiento del pueblo llegó con la velocidad del relámpago á la capital de la provincia, de suerte que al mismo tiempo que la supieron las autoridades, se esparció por toda la ciudad. El desgraciado padre de Maria oyó referir el suceso desfigurado y con mil exageraciones como siempre sucede en tales casos, y no faltó quien le pintase el ataque dado á su casa con los mas negros colores, añadiendo que su hija debia haber sido inmolada al furor de

los amotinados, pues que se ignoraba su paradero. Aterrado aquel afligido padre con este falso relato, se pone inmediatamente en camino para regresar á su pueblo y apurar por sí mismo la verdad del hecho; pero á pocas leguas encontró uno de los criados que habian huído tan cobardemente, de cuya boca oye los pormenores del caso; y aunque estos eran menos terribles de lo que se le habia hecho creer, sin embargo, dos circunstancias fatales aumentan su dolor: la una, que el criado no sabe darle razon de lo sucedido á Maria: y la otra, que por un funesto error, aquel hombre asegura que yo habia sido quien capitaneaba el motin, sable en mano, y ordenaba y dirigia aquellos excesos.»

«Figuraos, señores, que impresion no causaria en el desventurado anciano esta noticia. Recordando las proposiciones de amistad que yo le habia hecho, las fuertes instancias con que le habia obligado á salir de la ciudad y la paz con que le habia brindado, creia que no habia sido todo esto mas que el plan horrible é hipócrita de una recapitada traición; y lamentándose amargamente de su credulidad, me maldecía de todo corazón y meditaba sangrientos proyectos contra mi, contra toda mi familia y contra lo que él llamaba mi partido.»

Al llegar á este punto de su narracion mi buen amigo tuvo que interrumpirla para dejar correr algunas lágrimas que en vano se esforzaba á contener. «Perdonad, señores, nos dijo despues, estas muestras de flaqueza de un corazón pequeño á quien la soledad del retiro y los esfuerzos de la razon, no han podido infundir todavía aquella santa fortaleza, que el mundo solo encuentra en sus grandes filósofos, y nuestra Religion exige hasta del mas humilde de sus hijos. Pocos momentos bastarán para que acabeis de conocer la causa de mi afliccion, pues procuraré ser breve en lo que queda de mi historia.»

«El primer cuidado de Maria, fue como parecia natural escribir á su padre la relacion de lo ocurrido. En aquella carta que ella misma me ense-

ño, hacia justicia á los sentimientos de mi alma y referia menudamente la diligencia que yo habia puesto, aunque infructuosa en parte, para evitar los desastres acaecidos ó impedir que fuesen mayores; mas por desgracia la carta no llegó á manos del irritado padre, ni pudo por tanto templar los efectos de aquella injusta indignación pronta á estallar sobre la desgraciada Maria y sobre mi.

(Se continuará.)

## POESIA.

### I.

¡Oh! cuan dulce es vivir! ¡la vida es bella,  
hermoso el sol que señorea al cielo,  
la tierra hermosa con brillantes flores,  
y dulces los dolores

del amor, y de cándida doncella  
el mirar virginal.... ¡la vida es bella!

Riámos, pues, y de espumoso vino  
la copa alcemos en festivo acento:  
vuele el perfume á enriquecer el viento,  
suene á hechizarnos el cantar divino

Y con trémulo pie, y alma estasiada,  
acerquémonos ¡ay! á esas hermosas,  
que brillan, como brillan en verjeles  
cubiertas de rocío frescas rosas.

¡Ellas nos miren, pero no crueles!  
acerquémonos ¡ay! á esas hermosas  
y con blando reír y hablar suave,  
dulcemente á su oído murmuraremos  
las tiernas expresiones que amor sabe.

Que hoy las máscaras alegres,  
hoy bulliciosos amores,  
hoy el ceñirse de flores,  
hoy el dulce enloquecer;  
y riendo y suspirando  
estar ledos contemplando  
vuestra pureza de angel  
vuestras gracias de muger.

¡Poetas! decidnos versos,  
mas versos dulces, sentidos,  
que embelesen los oídos  
alegrando el corazón.

Pintad, fogosos artistas  
mas pintad tiernos amantes  
que al mirarlos palpitantes  
digamos «felices son.»

Suspirad, virgenes bellas,  
mas tan suaves cariciones,  
que los tiernos corazones  
desmayen al escuchar;  
y diremos encendidos:  
«cuan dulce es amar hermosas,»  
y timidas, ruborosas  
nos direis «dulce es amar»

Amemos, pues, y la que en dulce anhelo  
hoy adorando su beldad nos vea,

sea la esposa que nos guarda el cielo,  
y bella madre de hijos bellos sea.

### II.

¿Quién es ese que al son de blanda lira,  
con delicioso fuego,  
los dulces ayes del amor suspira?  
él canta, él ríe, él enloquece... ¡ó ciego!  
¡ó ciego! en breve, en breve  
vendrá... ya nos asombra  
ese día sublime,

que el labio solo estremecido nombra,  
que el alma en santa magestad oprime  
¡grande, terrible, solitario día,  
en que con voz fatídica y doliente

¡ay! del mundo cristiano  
triste ceniza esparcirá en la frente!  
¡grande, terrible, solitario día!

¿qué nos dice ese canto que retumba  
en el templo? esa lúgubre campana  
¿qué nos dice en sus gritos de agonía?  
una generación baja á la tumba;  
otra generación crece hoy lozana,  
pero á la tumba bajará mañana.

¡Mas cielos! ¿qué he visto, cielos!

¿No la veis? ¿qué, no la veis?  
una mano descarnada  
que escribe en esa pared....  
¡y es la mano de la muerte!  
¡cielos! temblad, y leed.

Terrible es ver á los hombres  
precipitarse en tropel,  
tras mentidas ilusiones  
y fantástico placer;  
y del sepulcro olvidados,  
¡oh! tremenda cosa es ver,  
cual se acercan al sepulcro,  
tócanle, van á caer;  
y al lanzar quizás un grito  
de alegría, hundense en él.

Y en tanto el grande, de glorias  
arde en hipócrita sed,  
y azota á los tristes hombres  
tirano, y siervo también;  
y en espantadiza noche  
visita en callado pie,  
y palpa con manos frías  
su plata, avaro y cruel,  
que oye en la calle desierta  
al mendigo perecer.

Y en tanto hidalgo orgulloso  
con su ignorancia tal vez  
cubre con oro su nada,  
su ruindad con su altivez.

Y en tanto indigno poeta  
que orna en pámpanos sus sien.  
profana el arpa del cielo  
cantando á impura muger.

¡Insensatos! que no saben  
lo que es la vida: no ven  
que hay de la cuna al sepulcro  
breve senda, y triste, é infiel.

Un relámpago es la vida:  
ay sollozando naceis,  
mirais un instante al mundo,  
alborotaisle tal vez;  
mas siempre oyendo los golpes  
tristes, lugubres, con qué  
abre la azada en la tierra  
el palacio que tendreis.

¡Insensatos! mientras dura  
ese confuso entremés,  
uno representa al pobre,  
otro representa al Rey.  
Este alza erguida la frente,  
aquel le lame los pies;  
mas iguales los espera  
y recibe tumba cruel,  
y al devorar un cadáver  
no pregunta de quien es.

Que á la entrada del sepulcro  
deja el noble su altivéz  
y sus adornos la dama,  
y el guerrero su laurel;  
y trémulos y desnudos  
ven á quien es Dios y Juez,  
que pide espantable cuenta  
y pesa en balanza fiel  
las miserias del mendigo,  
la pompa y gozos del Rey.

ANTONIO APARICI Y GUIJARRO.

## Gonzalo de Albornoz.

(CONCLUSION.)

**A**qui, dijo Gonzalo, estarás á cubierto de las persecuciones del duque y libre del poder de tu padre.—Gonzalo, soy feliz porque estás á mi lado y mas tierno y enamorado que nunca.—Si, aqui estoy junto á ti, y ningun poder en la tierra será bastante para separarme. Di, ¿no es verdad que nadie en el mundo podrá ser mas feliz que nosotros!—Si, pero han pasado tantas cosas por mi, que apenas puedo coordinar mis ideas: so'lo me acuerdo de un altar, del duque, del marques.... y luego muchos guerreros armados.... Adolfo tambien estaba alli..., despues una nube de polvo embargó mi vista, sofocó mi respiracion y yo nada mas he vuelto á ver.—No fatigues tu imaginacion, ahora es preciso descansar.—¡Cuanto he sufrido, mi buen Gonzalo! yo misma ignoraba hasta ayer tarde que quisieran arastrarme tan pronto á efectuar un enlace que me hubiera costado la vida. Ayer á la caida de la tarde estaba yo orando en el sepulcro de mi madre, y suplicándole dirigiese á Dios sus votos fervientes para que á su hija Amelia no le cupiese la misma suerte que á la desgraciada: si, porque tierna y débil flor no hubiera podido resistir el peso de la vieja y fuerte encina; porque durante cuatro noches Gonzalo no habia hecho resonar al son del laud su

voz melodiosa al pie de la ojiva ventana de su afligida Amelia, que estaba sobresaltada por u a ausencia, cuya causa desconocia. Ahora ya sé que estuviste enfermo, y puedo asegurar que mis presentimientos se realizaron.

Adolfo mi primo tampoco habia estado á verme en todo ese tiempo, yo acababa de saber por mi padre, que al amanecer seria esposa del duque. Ah! mi desesperacion era terrible, y sine embargo clava daen la ventana de mi estancia, tenia los ojos fijos en el jardin donde pocas noches antes habia visto á mi amante, y donde algunas veces tambieu conversaba con Adolfo cuando mi padre reñia con él.

El cielo se apiadó de mi, y por fin me lo envió anoche á tiempo todavia de poder hacer á su prima el mayor servicio del mundo.—Es verdad, Amelia, arrancarte de los brazos del duque para volar á los míos. Buen amigo, todo se lo debemos á él. Esta accion [es] el sello á nuestra amistad.

En esto llamaron á Gonzalo y á Adolfo, los cuales salieron dejando á Amelia con Matilde.

¿Quien me llama? dijo el hermano de esta. Señor, replicó Ruiz; á un cuarto escaso de legua se divisan muchos soldados al parecer con direccion al castillo: ¡ya! he despachado á dos de nuestros ballesteros para que se informen de su número y de quien los manda. Ois? la señal de aviso: ya están aqui los corredores.—Vé pronto y dame las noticias que traigan.—Al momento, señor.

Aun no habian pasado algunos instantes cuando entró de nuevo Ruiz. Efectivamente, dijo este, vienen con intencion de poner cerco al castillo el duque de\*\*\*\* y el marques de\*\*, á cuyas órdenes militan mas de ochocientos soldados que en el momento han podido reunir, sin contar con los que ya se estarán aprestando para reunirse al grueso de las tropas. Yo he puesto ya en las murallas á toda la gente, que vive Dios, no pasan de trescientos, incluso los paisanos de este contorno que se ocupaban en las labores del campo.—Bien, marcha á disponer la defensa del modo que mejor entiendas. Adolfo, tú vigilarás en la muralla mientras yo recorro por todas partes animando á mis soldados.

Apenas acababa de salir Adolfo seguido de Ruiz, cuando se abrió de pronto una puerta perfectamente incrustada en el muro, la cual dió entrada franca á un guerrero con la visera en el rostro y con espada en mano, de la que se aprovechó hiriendo en la espalda á Gonzalo, sin darle tiempo á que pudiese valerse de la suya. ¡Traicion! ¡cobarde! exclamó el conde al ver correr su sangre, y desnudando su acero cerró contra su enemigo con tal denuevo, que al segundo golpe que descargó sobre él le hirió profundamente en el hombro y le hizo volar el casco. Aumentose extraordinariamente su furor al reconocer al duque, y empezó por ambas partes un combate con el mayor calor.

Se menudeaban los golpes, la sangre teñia ya el pavimento haciéndolo resvaladizo á sus pies, y las armaduras manifestaban ostensiblemente la oposicion que hacian á las espadas. A poco ya no habia cascos ni escudos, cada cual queria el pronto esterinio de su contrario. Aunque reinaba entre los dos un pro-

fundó silencio, el ruido de las armas había atraído á aquel sitio á varios soldados que divagaban en desorden por las estancias, los cuales se apresuraron á ver de donde procedía. Lo mismo les sucedió á Amelia y á Matilde, pero apenas entraron cuando la sangre de una víctima se mezclaba con la que teniendo el pavimento brotaba de las heridas de los campeones. Uno de ellos cayó muerto al mismo tiempo, y el ruido que su acerado cuerpo produjo al oprimir el suelo, se repitió algunos segundos por los inmensos salones del castillo. Era el duque..... y la víctima la infeliz Amelia que al interponerse entre los combatientes por libertar á su amante de aquel terrible duelo, recibió un golpe mortal en el pecho que le robó la vida.

#### IV.

Una lámpara sepulcral ilumina el sombrío panteón de una familia ilustre. Las bóvedas silenciosas se prolongan, proyectándose en ellas mil sombras fantásticas que parecen divagar en torno de los sepulcros. A un arco se sucede otro arco, y por último se pierden hasta el infinito como las columnas de una balaustrada mirada por un cristal de óptica, como una gota de agua en el fondo de una laguna subterránea. La lámpara oscila al soplo del recio vendaval y silva como la serpiente en el desierto, rodando el eco por aquellos espacios, como si quisiera despertar de su eterno sueño á los que fueron vivientes.....

Las lápidas, negras como el fondo de aquellas bóvedas destacan los caracteres de oro que brillan confusamente, último tributo de la vanidad de los que lloran. Una piedra de mármol acaba de ser colocada entre las demas. Allí pues donde las ilusiones se deshacen, allí donde con la muerte empieza la vida, se lee otro nombre:

AMELIA DE\*\*

Aquel año debía cumplir cuatro lustros. El destino no lo consintió. E. S. de F.

REMITIDO.



Al Sr. D. Teodomiro Ramirez de Arellano.

## UNA NOCHE DE MUÑECOS. (I)

### ROMANCE.

En un salon entrelargo,  
sucio, angosto, mal dispuesto,  
los vecinos de Aguilar  
una noche de este invierno  
se reunieron para ver  
una funcion de muñecos.  
Despues de unos rigodones  
que los músicos del pueblo  
tocaron por sinfonia,  
ya cada cual en su puesto,  
los muñecos empezaron  
á disparatar enredos  
de la conquista de Argel.

Unos, y no eran los menos,

creían que era verdad  
cuanto estaban allí viendo,  
y que esa conquista fué  
lo mismo, ni mas, ni menos.  
Otros con la boca abierta  
al ver hablar los muñecos  
pensaban que eran los diablos,  
ó que eran mágicos negros,  
ó que por medio de hechizos  
andaban, ó estaban quietos:  
sin reparar en la cuerda  
que los colgaba del techo,  
y que entre los bastidores  
hablaban hombres por ellos.  
Otros, sacando de hombros  
media vara de pescuezo,  
con Periquillo reían,  
con el Dey estaban serios.

Hasta aqui, si bien que malo,  
era pasadero esto:

pero el diablo que no duerme  
sacar quiso mas provecho;  
hizo que los entreactos  
fueran largos y molestos  
por la calidad del sitio,  
y el poquisimo concierto  
que ofrecia aquella mezcla  
de una gente que sin freno  
uno fuma, el otro bebe,  
unos los toros del Puerto  
gritan; los otros fandango;  
otros toquen el bolero.  
Y los músicos en tanto  
amostazados y fieros  
esperaban la tormenta  
que surgia contra ellos,  
y principió por tirarles  
una china desde lejos.  
El alcalde se levanta  
y á voces dice: silencio,  
señores, no tirar chinas,  
ó duerme uno en el cepo.  
Todos callaron al punto,  
parecia que del cielo  
bajado habia la voz:  
pero recobrados presto  
uno murmura, otro dice  
¿es de la escuela el maestro?  
pero no tiraron mas.

Por último los muñecos  
asesinaron un himno  
de un jóven, amigo nuestro;  
y concluyó la funcion  
un furioso bailoteo,  
donde bailó Periquillo  
hasta que se hizo tuestos.  
Y salimos renegando,  
á las doce ó poco menos,  
de la comedia, del baile,  
del salon, de los asientos,  
de la bebida, del humo,  
entreactos, y muñecos.

FULGENCIO M. HEREDIA.

(1) Estos son los mismos que estuvieron en Córdoba el año anterior.